



María Guerrero, 80 años
Diana Chemisana Velasco, 24 años.

Un compromiso bordado

“No nos besábamos”. Así se resume el noviazgo de María. Una historia de amor que se fraguó en los años cuarenta. Unos años hoy en día tan lejanos, y una forma de afrontar y vivir la vida tan distinta a la nuestra, que nos cuesta imaginar un relato de pasión carente de esos roces y arreglitos. Pero quizás ese sea el secreto de un amor para toda la vida...

Un pueblo de Mérida, La Zarza, fue el lugar que vio crecer a María. Una casita baja en el centro del mismo fue testigo de las costumbres de una familia de la época.

María no recuerda juguetes porque nunca los tuvo. Y en su inocencia de niña sabía que no podía pedirlos. A cambio, recibía calcetines o ropita interior. Pero, como casi todas las niñas, ella también quería una muñeca. Su muñeca. Y con trapitos cosía hasta terminarla para que adornase su cama. Se le daba bien coser. A los doce años dejó la escuela para dedicarse a la costura. “Había que ayudar en casa”. María no se quejó y dejó el colegio. Pero muchas horas las pasó leyendo. Nada de novelas rosas como algunas de sus amigas, ella prefería El Manuscrito. La historia de un niño que siempre llegaba tarde a la escuela y se inventaba que era porque estaba ayudando a su madre. Y así, María dejaba volar su fantasía y se convertía en protagonista de estas aventuras.

Ni la televisión ni la radio decoraban el salón. La diversión estaba en la calle. Saltar a la comba, jugar a las cocinitas... Eso sí, nada de estar fuera después de almorzar. “Había que guardar la siesta, esperar a que se pusiese el sol”. Entonces sí. Sin embargo, la radio no le era desconocida. Cuando había lotería de navidad el pueblo se congregaba en torno a un transistor que había en el interior de una tienda de la plaza. ¡Y a ver quién sería el afortunado!

En casa de María no sólo no tenían radio, tampoco había agua. Algo tan cotidiano como lavarse la cara o fregar los cacharros se convertía en una excursión a la fuente del pueblo.

El día que las tropas de la guerra entraron en La Zarza hubo gente que salió de sus casas, pero ellos decidieron aguardar en el interior. Aunque faltaba su hermano, quien, como todas las mañanas, había salido a pasear al borrego. Una vez regresó a la casa no se movieron de allí. Las tropas rondaban por el pueblo y la tensión se apoderaba de todos los vecinos. Excepto en casa de María. Allí estaban algo más relajados... El padre tenía un jamón que le había regalado uno de sus patrones para la matanza. Nervioso, lo sacó y exclamó: ¡Vamos a comernos el jamón! Y así pasaron esa complicada tarde, comiendo y comiendo jamón.

La posguerra fueron años difíciles en los que pasaron muchas necesidades. La familia, que vivía de trabajar el campo, vio como la tierra quedó inútil para la siembra. Entonces se hizo habitual en el menú una planta silvestre, el cardillo. Recolectado por sus dos hermanos mayores el cardillo se lavaba, se cortaba a trocitos pelando las hojas y se cocía. De acompañamiento, una tortilla. Porque en casa siempre tenían huevos, por las gallinas del corral. En épocas mejores los garbanzos o el arroz combinaban también muy bien con el arbusto. De carne nada de nada. Era muy cara. Y el pan, un



alimento básico y que hoy no falta en la mesa, era otro lujo que no se podían permitir. Pero no todo iban a ser desgracias... El padre de María sembró algo de trigo que una vez molido se convirtió en harina. En una pila de madera cuadrada amasaban la masa. Y era el padre el que, en un hornito redondo construido por él mismo, hacía el pan para más tarde enseñar a su esposa y a la propia María.

María adoraba a su padre. Contaba con veintitrés años cuando el fallecimiento de él la sorprendió en su mejor etapa. Pero, mujer de firmes convicciones, se vistió de luto durante cuatro años. Y en esos cuatro años ella "no tenía el cuerpo para fiestas". Como mucho salía a pasear un ratito, a coger el fresco. Pero en un pueblo tan pequeño todos se conocen y aunque ella estaba de luto, un vecino fue su primer amor, y el único. Dadas las circunstancias de María, "él se arrimó como pudo".

Todo empezó en la mili. Allí, el hermano de María y Pedro (así se llamaba el pretendiente) compartieron correrías y confidencias. Pedro, que ya le había echado el ojo a María, se cercioró de que ella no estuviese comprometida. Finalmente, se decidió y le escribió una carta en la que desnudaba sus sentimientos e intenciones y aprovechaba para pedirle a María si cosería un bordado para él en unas sábanas. María, le contestó educadamente que sí, que le haría el bordado, pero que cuando él regresase al pueblo ya hablarían "de lo otro". Y en cuatro meses se encontraron en casa de una amiga común. Pedro organizó la cita con la excusa de preguntarle a María si haría el bordado para él. El día del encuentro María acudió nerviosa porque sabía que no quedaban para hablar del bordado, pero tranquila por otro lado, ya que su madre le había dicho: "¿Pedro? ¡Anda mira, ese chico no está nada mal!". Es que, como dijimos, en un pueblo tan pequeño todos se conocen. Y si a la madre no le hubiese gustado Pedro, ¡hoy no estaríamos contándoles esta historia!

Después de charlar y antes de que anocheciese, Pedro acompañó a María a casa y una vez allí, quedaron en verse un ratito cada noche dando un paseo. Pero poco duraron estos encuentros. A él no le gustaba eso de verse en la calle. Y, con el consentimiento del hermano mayor de María, empezaron a salir formalmente pudiendo ya despedirse en el recibidor de la casa. "Pero nunca salíamos solos, no es lo que hoy se ve", afirma María.

El recuerdo más tierno de esa época fue quitarse el luto. Ahora las salidas con las amigas eran más divertidas. Iban a bailar a la sala "Los Gordillos". Entrada gratis para ellas y cinco pesetas para ellos. Y baile con orquesta hasta las diez más o menos. Porque la madre de María iba con ella y siempre se despedían antes de que terminase el baile. "Ya es hora de irnos, María". No le gustaba nada ser las últimas en abandonar la sala.

El teatro era otra de sus diversiones favoritas. Sobre todo cuando actuaba Sara Montiel. "¡Ella sí que era grande!". María no se lo perdía. Eso sí, en el teatro no había distinción de sexos. Pagaban todos. Cinco pesetas también.

Tres años más tarde María y Pedro se casaban en una sencilla ceremonia en la Capilla de las Nieves, patrona del pueblo. "Y hasta ese día no nos besamos", me recuerda María.

Lo importante de la vida



Ochenta años dan para mucho. Tanto que hasta muchas cosas se olvidan. Lo que uno jamás olvida es cómo decidió vivir su vida. Y María eligió que la suya se la entregaría a su marido, y más tarde a sus hijos. Una vida entera dedicada a cuidar de los suyos. Y ella no se arrepiente, no daría marcha atrás. Su mayor orgullo es haber sacado a sus hijos adelante. Y cuando habla de su marido se le rallan los ojos. Una historia de amor de película en la que primaba el respeto y la confianza.

Pero, más interesante me parece qué he aprendido yo de María. Ella, sin saberlo, me ha dado grandes lecciones de humanidad. Me ha conmovido al contarme que estuvo cuatro años de luto por el padre. O cuando me describía el día a día en su casa del campo afrontando todas las dificultades que se presentaban. O cuando recordaba ese romance sin besos...

Ella se educó en base a unos firmes valores que transmitió a sus hijos, transmite a sus nietos, y me transmitió a mí. Esos valores se basan en una buena educación y sobre todo, en el papel como madre de una mujer. Y aunque esta visión de ser madre y cuidar de sus hijos exclusivamente, a mí me resulta anticuada, no he dejado de entender que lo que ella quiere es que yo comprenda que sin amor y sacrificio no hay nada.